

# Una sintaxis simultánea: Introducción a Ted Berrigan

## Eduardo Espina

Al leer la poesía de Ted Berrigan (1934–1983), surge un apetito, el deseo de no querer parar de leer cuando recién se empieza. Una resonancia acumulada, que entre sus planes tuvo el cambiar de lugar la prosodia, despierta de pronto y obliga a la percepción a pensar en otros términos, visualmente de nuevo. Como otra vez. En medio, antes y después, una simultaneidad sin stops se convierte en proceso de escritura a partir del cual todo debe existir de esa manera. El lector advierte: “caray, esto no se había hecho antes”. Agradece. Da las gracias a la parafernalia de estrategias y dispositivos que el poeta saca a relucir, como si no le costara nada hacerlo: como si todo eso que está allí se hubiera dado con la misma facilidad con que los niños juegan, y los niños siempre juegan en serio. La atención puesta en el encadenamiento ruptural de las cláusulas presiente, ahí nomás, a la segunda o tercera frase, que ha entrado en un lugar del lenguaje que hasta entonces había estado vacante, demasiado tiempo abandonado. Reconoce la tierra baldía del significado, una rara expansión claustrofóbica yendo en todas las direcciones, y después, la inédita belleza de haber podido llegar, y querer quedarse. Emerge, en medio de la intencional dislocación de locuciones, una nueva propedéutica de la mirada. El lenguaje enseña a ver, da lecciones de eso, como si cada palabra a disposición recién abriera los ojos y quisiera decir todo lo que apenas ha podido ver. El resto, pero también lo demás, es la cantidad

imaginada por el contenido de cada secuencia. Cada una continúa un comienzo sin recorridos narrativos, cuyas instancias de sentido son abordadas al mínimo; en medio de una frase aun sin concluir, es decir, en mitad de algo que todavía es nada, surgen tiempos muertos, cortes repentinos antes de que la cesura llegue. La secuenciación de la sintaxis sigue su propio modelo, respondiendo al orden secreto de una contigüidad hecha de sobresaltos. En estado de arrobamiento y completa adquisición de las instancias del habla, el lector tiene la impresión de que antes de encontrarse con la poesía de Berrigan se había perdido algo importante, algo que había estado sucediendo justo mientras la vida se distraía con lo que creía saber. El lector reflexiona, puedo suponerlo: “Quizás estaba viendo mal y me perdí muchas cosas fundamentales que ahora reaparecen rescatas por esta poesía”. La mente habla de su proyecto con una facilidad extraordinaria, sabiendo que en el núcleo del lenguaje nada se interpone y todo queda más bien predisposto a ser expresado, ocupado por la inteligencia cuando escucha. Al final, triunfante y oído, prevalece un efecto de “alucinado razonamiento”, en tanto todo lo que ha sido escrito debe su existencia a un orden prelógico y paralelo a la razón, aunque no específicamente paralelo, pues en la poesía de Berrigan las paralelas se juntan, accediendo a su infinito de antemano, según lo ha estipulado una sabiduría previa que ha llegado sin anunciarse.

# A Simultaneous Syntax: Introduction to Ted Berrigan

## Eduardo Espina

Upon reading the poetry of Ted Berrigan (1934-1983), an appetite surges, the desire to not want to stop though it has just begun. An accumulated resonance, which in its plans had to change prosody's place, awakens all of the sudden and obliges one's perception to think in other terms, visually again. As in, anew. In between, before and after, a simultaneity without stops turns into a writing process from which everything should exist in that way. The reader realizes: “wow, this has never been done before.” The reader is grateful. He gives thanks to the paraphernalia of strategies and mechanisms that the poet brings to the surface, as if it doesn't cost him anything: as if all that is there were given with the same facility with which kids play, and kids always play seriously. The attention put on the ruptural chaining foresees, just like that, to the second or third phrase, which has entered into the place of language which until then had been vacant, too much abandoned time. He admits the wasteland of meaning, a rare claustrophobic expansion going in every direction, and later, the unedited beauty of having been able to arrive, and to want to stay. There emerges, in the middle of the intentional dislocation of locutions, a new propaedeutic of sight. Language teaches one to see, it gives lessons on that, as if every word of regulation recently opened your eyes and wanted to say all it could barely see. What remains, but also the remaining, is the quantity imagined by the

content of every sequence. Each one continues a beginning without narrative routes, whose instances of feeling deal with the minimum; in the middle of a phrase still without conclusion, that is to say, in the middle of something that is still nothing, arise dead times, sudden cuts before the line break arrives. The sequencing of syntax continues its own model, responding to the secret order of a nearness made of frights. In a state of rapture and complete acquisition of the instances of speech, the reader gets the impression that before encountering Berrigan's poetry, something important had been lost, and that has been happening just while life got distracted with what it thought it knew. The reader reflects, what I suppose to be: “Maybe I was seeing it wrong, and I lost many fundamental things that now reappear, freed by poetry.” The mind speaks of its project with extraordinary ease, knowing that in the nucleus of language, nothing intervenes and everything remains, rather, predisposed to being expressed, occupied by intelligence when it hears. At the end, triumphant and heard, an effect of “stunned reasoning” prevails, in which all that has been written owes its existence to an order prelogical and parallel to reason, although not specifically parallel, because in the poetry of Berrigan, the parallels come together, accessing its infinity beforehand, according to the wisdom that has been stipulated previous to having arrived without announcing itself.